Sed lux

Jorge Hernández Campos

Azar nocturno los
abrazos
La certitud de la
alborada
nos desunió los cuerpos
¡hagámonos pupila con pupila
ciegos!
Tenga la lobregura de
más besos.

Pero nos amanece, buido
el día
nos amanece,
desdime tú
para qué raya el alba
cuántas alondras trizan
el olor de la fresca,
qué almas vaporosas
caídas del nido
aletean en los cardos.

Ora tú también saca
poquito a poco,
que lo sienta, el crüel
pico
de mi corazón ¡Ya!
Y vade retro mas
deja vueltos hacia
mí, apretados,
los párpados
y contémplame hablar.

Palabras duras y
desiguales, guijarros
que eran dientes,
dientes que eran sonrisa
clavos para rayar
el orto
Luego, clarín clarín, la aurora
de sonrosados dedos
el albor entrepunzante
las alondras astillas,
al aireo los frondosos
balbuceos de los árboles,
mientras nos, garzas
heridas, sábanas abajo,
beodas,
qué espléndido martirio,
rodamos desgarradas
sobre escorias de sueño.

Pájara, cuerva, eres tú,
yo ¿qué hago?
yo terrenal te digo:
mírame hablar, mírame
de bruces vomitar
la amanecida
Harto de luz, ahito de nombres
postrado sobre migajas
de sermones
aparta de mí
este fardo de ecos.

Mientras discurro el aura
ata y desata cintas y celajes
Cerrarás la ventana, la
cerrarás, porque
la cerrarás, como se cierra
una boca por dentro
Cuando la cierres, si existes o si
tu elocuencia
rae sin palabras, ya
oscuro el cuarto,
álzate de tus cenizas
alta y despaciosamente
terrible,
despliega como ayer secas
y ardientes las inmensas
alas,
ven acá, aproxímate, más cerca
mientras el gallo canta
e hinca otra vez despacio
que lo sienta
crüel, en mi corazón, el pico
Después intoxicada
remóntame al azar
del silencio y la sombra
donde no éramos todo.

Miércoles 13 de octubre de 1993